

Diosas

María J. Rodríguez-Shadow

El estudio de las deidades femeninas y el papel que juegan en el imaginario de los distintos grupos ha llamado la atención de antropólogos e historiadores desde siempre, pero el interés se ha acentuado en fechas recientes. Como era de esperarse, muchas de estas investigaciones se enfocan tanto al examen de los restos arqueológicos, como análisis de los mitos cosmogónicos, así como a las fuentes literarias con el afán de establecer conexiones entre el papel asignado a las deidades femeninas y los roles impuestos a las mujeres en culturas determinadas y en periodos históricos específicos.

En Mesoamérica tenemos excelentes ejemplos de este tipo de estudios, como los más relevantes pueden citarse los de Guadalupe Pérez, *Diosas y mujeres aztecas* (Tesis, México, UNAM, 1994) y de Pilar Alberti, *El concepto sobre la mujer azteca deducido a través de las diosas en el México prehispánico* (Tesis, Universidad Complutense, Madrid, 1993), entre otros. Del Viejo Mundo pueden mencionarse *Diosas y adivinas, mujer y adivinación en la Roma antigua* de Santiago Montero (Trotta, Valladolid, 1994); *Goddesses, Whores, Wives, and Slaves, Women in Classical Antiquity*, Sara Pomeroy (Schocken Books, New York, 1975) y de Nicole Loraux *¿Qué es una diosa?* en *Historia de las Mujeres, La Antigüedad*, Pauline Schmitt [comp.], (Taurus, Madrid, 1992, vol. 1, pp. 29-69) y de Martha Robles *Mujeres, mitos y diosas*, (CONACULTA/FCE, México, 1996).

El libro *Diosas*, de Lanier Graham, nos ofrece el más extraordinario abanico de deidades femeninas que han tachonado el firmamento teológico de diversas épocas y culturas desde la prehistoria hasta la presente década. El autor nos muestra representaciones gráficas —a todo color— de divinidades femeninas de todos tipos y caracteres, tomadas de una amplia gama de civilizaciones que abarca el mundo entero.

Las fotografías que ilustran este interesante libro reúnen una gran cantidad de obras de arte (escultura, pintura, cine) que representan a las diosas en sus distintas manifestaciones: creadoras, destructoras, figuras vinculadas a la fertilidad, al amor, a la sabiduría, al arte.

Graham ofrece al lector una guía fácil, sencilla y sintética de lo que sólo se encuentra en voluminosas y especializadas enciclopedias de las religiones o la mitología. Sostiene que el interés de las instituciones académicas por conocer la universalidad intercultural del culto a las diosas era escaso debido

a la orientación masculinista. Sin embargo, reconoce que el movimiento de liberación femenina que se produjo a mediados de la década de los setenta generó nuevas posiciones al respecto.

La postura del autor es feminista. Sin embargo, a lo largo del texto se cuida mucho de usar la palabra matriarcado, estadio de la cultura que nunca ha existido y de la que sólo unos cuantos especialistas despistados han llegado a hablar.

Graham señala que en la Europa prehistórica, hasta antes de la invasión de los indoeuropeos portadores de cosmovisiones en las que lo masculino imperaba, había una adoración a la imagen de la Gran Diosa. Su tarea a lo largo del trabajo será ir develando ante el lector las distintas representaciones de esta Gran Diosa: la Diosa de Willendorf, la de Lespugue, de Dolni y Menton del Paleolítico; las figurillas de deidades de la edad de Bronce; las divinidades celtas, las de Sumer, Egipto, Mesopotamia, India, Grecia, Roma, África, las diosas mayas y aztecas.

El autor apunta que las pruebas aportadas por la arqueología, la mitología y la lingüística indican que las antiguas culturas que contaban con diosas en sus panteones solían ser más igualitarias, centradas en la adoración de la tierra y no violentas. Esto permite suponer, que en la mayor parte de la historia de la humanidad, en las sociedades arcaicas, las divinidades fueron tanto masculinas como femeninas. La abundancia de pruebas arqueológicas y los descubrimientos más recientes le permiten aseverar lo que evidencian los vestigios prehistóricos: las civilizaciones europeas que se basaban en la imagen de la tierra como algo sagrado

mantenían un equilibrio entre los principios de lo masculino y lo femenino.

Ahora bien, si las diosas habían sido importantes elementos durante la mayor parte de la historia de la humanidad ¿por qué desaparecieron de Occidente? La explicación que ofrece Graham es que hace pocos milenios, algunas tribus extremadamente agresivas destruyeron muchas civilizaciones en las que se veneraban desde la antigüedad imágenes femeninas.

Estas tribus —señala el autor— eran portadoras de una cultura basada en la adoración de belicosos dioses celestes y en esas religiones había poco sitio para las diosas; para ellos, las mujeres eran poco más que bienes de propiedad y objetos sexuales. Los dioses masculinos no sólo tuvieron supremacía, sino que, además, las deidades femeninas perdieron su carácter sagrado en un giro dramático que Joseph Campbell llamó “la inversión patriarcal” y Gerda Lerner denominó “La creación del patriarcado” (Crítica, Barcelona, 1990).

La Gran Diosa sigue teniendo, todavía, en sus numerosas manifestaciones, importancia central en el taoísmo y el hinduismo, las más antiguas de las religiones del mundo actual. Estas religiones politeístas (veneración de muchas divinidades tanto masculinas como femeninas) han sido definidas colectivamente, junto con el budismo, como “religiones de la tierra”.

En cambio, las religiones mundiales más recientes —el judaísmo, el cristianismo y el islam— que se han denominado “religiones del cielo” se basaron en el monoteísmo (adoración de una sola deidad masculina) y su configuración se produjo durante un largo proceso que culminó en la edad de Hierro. Aunque en las tradiciones espirituales iniciales de esas religiones celestes estaba presente la Gran Diosa, ésta fue desapareciendo.

Desde luego que ese eclipsamiento no se produjo de manera súbita, sino que el periodo de formación del patriarcado constituyó un largo proceso que se desarrolló en el transcurso de casi 2500 años, desde aproximadamente 3100 al 600 a.n.e. e incluso en sociedades del antiguo Próximo Oriente se produjo a un ritmo y a una época distintos. En Mesoamérica este proceso ha sido estudiado por Noemí Quezada en *Sexualidad, amor y erotismo: México prehispánico y México colonial* (Plaza y Valdés, México, 1996) y por María J. Rodríguez-Shadow en “Xo-

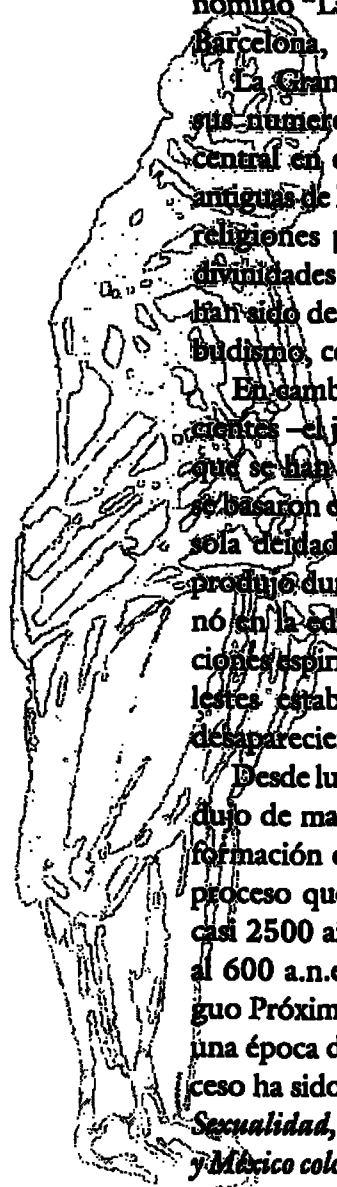
chiquetzal, significado y simbolismo de una deidad prehispánica”, en *Homenaje a Beatriz Barba de Piña Chan*, Agripina García, Carmen Lechuga y Francisco Rivas (comps.), (INAH, México, 1997, pp. 425-432) y en *La mujer azteca* (Universidad Autónoma del Estado de México, Toluca, 1997).

Los historiadores de la cultura dividen la historia humana en edad de Piedra Antigua (Paleolítico), edad de Piedra Nueva (Neolítico), edad de Bronce y edad de Hierro. El mundo de la edad de Piedra era tribal, incluso después de la aparición de la agricultura, hace unos diez mil años, que marcó la transición del Paleolítico al Neolítico.

Cuando los asentamientos evolucionaron para dar lugar a las primeras ciudades —durante la edad de Bronce, iniciada hace unos cinco mil años—, la sociedad era aún semitribal. Los valores colectivos de los grupos tribales no fueron sustituidos por los individuales de las personas alfabetizadas y urbanizadas hasta la edad de Hierro. La Gran Diosa ocupaba un lugar central en la mente y el corazón de la gente de la edad de Piedra, como sigue haciéndolo en el mundo tribal actual, desde los aborígenes australianos hasta los grupos tribales africanos.

Las primeras obras de arte conocidas —fechadas hacia el final del Paleolítico (20 ó 30 mil años a.n.e.)—, tanto las pinturas rupestres como las figurillas de arcilla, evidencian adoración por la Gran Diosa, principio femenino terrestre, identificada con la fertilidad de la naturaleza, creadora de los humanos, los animales, las plantas y los astros.

Ya durante la cultura del Neolítico se inicia la aparición de la adoración del compañero varón que reina al lado de la Gran Diosa en un plano de igualdad. En la edad de Bronce, llamada así porque este metal se convirtió en el principal medio para la producción de armas y obras de arte, la Gran Diosa, con diferentes advocaciones aparece vinculada en matrimonio sagrado con diversas deidades masculinas, la teología continúa siendo animista y politeísta. En esta etapa se

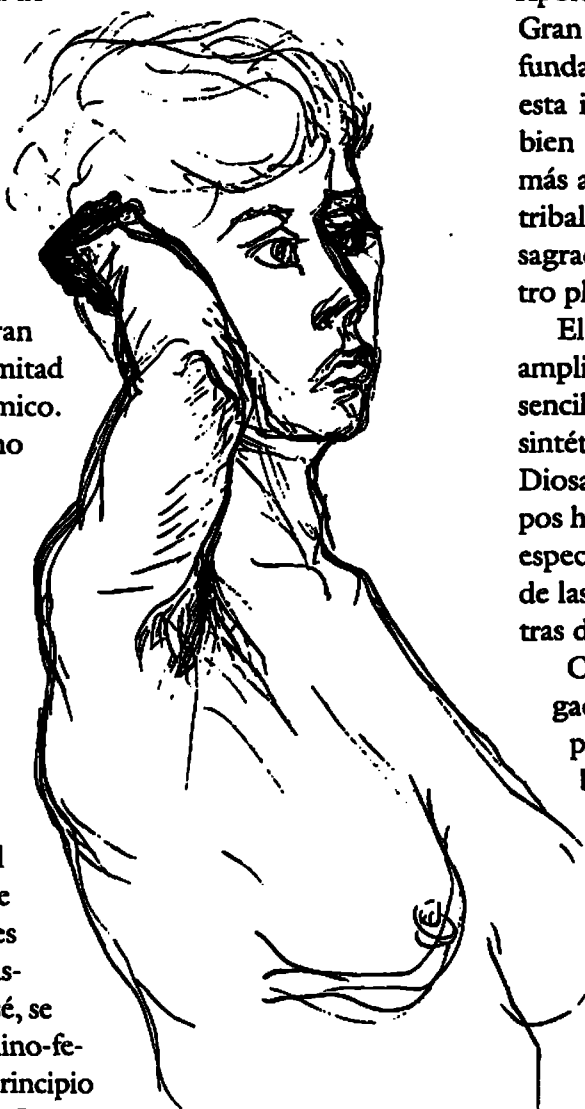


desarrollan las grandes civilizaciones antiguas: Mesopotamia y Egipto primero, posteriormente, Creta, Grecia, India y China.

La edad de Hierro, que se denominó así por la capacidad para la elaboración de hierro, se desarrolló hace unos 3000 años, cuando los jinetes indoeuropeos provistos con armas de ese metal invadieron y transformaron aquellas culturas y establecieron una civilización basada en una teología de predominio masculino que ha caracterizado a Occidente desde entonces.

Por otra parte, la presencia de la Gran Diosa en el mundo hindú en los yacimientos arqueológicos de la edad de Bronce son reveladores. En muchas de las obras artísticas de la India se encuentra simbolizada la unión de las diosas con los espíritus masculinos, en ocasiones la Gran Diosa aparece sola, como la mitad femenina del andrógino cósmico. La Gran Diosa en el budismo se manifiesta en diversas advocaciones que se asocian a compañeros masculinos; en conjunto representan la doctrina de que el principio femenino sólo existe en relación simétrica con su contrapartida y el objetivo es ese estado supremo del ser llamado andrógino.

En varios aspectos del taoísmo, religión nativa de China, que remonta sus raíces a la edad de Piedra, y están plasmados en la poesía de Lao-Tsé, se encuentran metáforas masculino-femeninas que representan el principio varón-hembra (Ying-Yang). Kuan-Ying, en origen una Gran Diosa taoísta, se convirtió en diosa budista tras el entrelazamiento de estas dos tradiciones en China, durante el primer milenio de nuestra era. Más tarde, en Japón, se desarrolló el Zen a partir de esta fusión. En ambas na-



ciones, Kuan-Ying bendice el nacimiento de los niños y otorga la sabiduría.

En un rápido recorrido a través de diversas épocas y culturas el autor nos muestra las más extraordinarias obras de arte que representan a las diosas de los animales, de la vegetación, del amor y la sexualidad, de la salud y la curación, de la guerra y la victoria, del conocimiento y la sabiduría e incluye algunas representaciones modernistas de la antigua Diosa Madre.

Finalmente nos presenta una bellísima fotografía de la tierra tomada desde el Apolo 17 en 1972 señalando que "Si la Gran Diosa ha de volver como realidad fundamental de la mitología del siglo XX, esta imagen fotográfica podría ser muy bien la forma en que se la contemplará más a menudo. No será una diosa local, tribal o nacional, sino una diosa mundial sagrada para todos los pueblos de nuestro planeta". (p. 248)

El libro está dirigido a un público muy amplio, escrito en un lenguaje directo, sencillo y elegante que presenta en forma sintética el desarrollo histórico de la Gran Diosa a través de diversas épocas y grupos humanos. El autor ofrece al lector no especialista una colección muy completa de las más bellas y representativas muestras de la Gran Diosa.

Con la lectura de este texto de divulgación constatamos la idea –sostenida por Lerner de que la relación de hombres y mujeres con el conocimiento de su pasado es, por sí, una fuerza determinante en la elaboración de la historia. o

Reseña bibliográfica de Lanier Graham, *Diosas*, Ediciones Cátedra, 1996, 285 pp.

María J. Rodríguez-Shadow. Maestra en Antropología por la Universidad de las Américas. Actualmente trabaja en la Dirección de Etnología y Antropología Social del INAH. Entre sus publicaciones se cuentan: *El estado azteca*, *La mujer y la familia en la sociedad mexicana*, *Sexo y erotismo entre los antiguos nahuas* y *La mujer azteca*.